

Aquella infeliz madre tomó en sus brazos á una tierna niña y por la mano á un niño; ambos lloraban asustados.

La dama entró en un carruaje y fué conducida al convento de San Bernardo.

Los emisarios de la Audiencia aprehendieron á los abogados Verdad y Azcárate, al abad de Guadalupe y á fray Melchor de Talamantes, que se entregó á los soldados con una resignacion heróica.

Redujeron tambien á prision al canónigo Beristain y al abogado Cristo.

La Audiencia se vengaba de un solo golpe de sus enemigos.

La Audiencia dictó una nota hipócrita y plagada de absurdos, dando cuenta de los sucesos.

Ya hemos dicho que en América los hechos consumados determinaban la legitimidad de una situacion.

Los odores remitieron al virey, por su propia seguridad, al castillo de San Juan de Ulúa.

## CAPITULO VI.

### EL FINAL DE UN DRAMA.

#### I.

Al mismo tiempo de efectuarse la prision de Iturrigaray por Ramon Inarra, don Juan Jabat intimó á la vireina se diese por presa.

—Caballero, dijo la esposa de Iturrigaray, sois un insolente.

—Perdonad, señora, pero yo soy mandado.

—Y quién os manda, señor brigadier?

—La Real Audiencia.

—Sois un miserable.

—Es verdad; pero tenia una cuenta pendiente con vuestro esposo por aquello del destierro, y ahora la saldo.

—No me insulteis.

—Os guardo los miramientos debidos á una dama, y por lo tanto tengo el honor de suplicaros me sigais.

—Estoy á vuestras órdenes, permitidme llevarme á estos tiernos niños á quienes no puedo dejar abandonados.

—Como gustéis, señora.

#### II.

Hácia el costado del palacio que ve al Norte y forma la calle conocida con el nombre del *Arzobispado*, está el palacio del primado de la Iglesia mexicana.

Uno de los lados del edificio da á la calle cerrada de Santa Teresa, precisamente frente al convento de ese nombre.

Esas paredes son las de la cárcel del arzobispado, que su señoría ilustrísima prestó bondadosamente para poner en guarda á algunos presos políticos.

Aunque hoy ha cambiado de forma el edificio por mutilacion, aun puede reconocerse lo perteneciente al arzobispado.

La casa marcada con el número 4, que hoy sirve de estancia á uno de nuestros mas célebres abogados, era la prision, y la

pieza mas elegante de la finca que tiene su tragaluz de vidrios de colores, sirvió de calabozo al licenciado Verdad.

Paseábase inquieto el gran letrado midiendo con sus pasos el pavimento de su prision, temiendo las resoluciones de la Audiencia.

Ya hemos dichos que Verdad era considerado como el enemigo mas encarnizado del gobierno emanado del motin del 15 de Setiembre.

El abogado estaba preocupado hondamente; porque veía el gran trastorno del país, los papeles subversivos y las caricaturas que circulaban secretamente, y percibia ese rumor que precede á los grandes sacudimientos. Todo esto influiría de una manera terrible en su suerte.

La mañana del 4 de Octubre, el carcelero se presentó á Verdad con una fisonomía tan consternada que el prisionero se impresionó vivamente.

—Qué pasa, Gabriel?

—Señor, hay cosas horribles.

—Vamos, serénate, y cuéntame cuanto sepas.

—Hace un momento que un escribiente del señor Bataller me ha comunicado una conversacion que ha oido á los señores de la Real Audiencia.

—Habla.

—No, yo quisiera ocultaros todo; pero al fin lo teneis de saber.

—Nada me aterra, puedo escuchar tranquilo hasta mi sentencia de muerte.

—Precisamente se trataba de vos, todos vuestros enemigos conspiran por arrebatáros la existencia.

—Y qué hay en ello de extraño?

—Una cosa muy grave.

—Dila.

—No os asusteis, señor, pero esta noche-----

—Esta noche----- esta noche, murmuró Verdad algo divagado. Van á sacarme de la prision?

—Nada sé; pero lo que puedo aseguraros es, que dentro de algunas horas ya habreis dejado de existir.

Estas palabras hicieron palidecer al licenciado Verdad, que aunque dotado de un gran valor, le sorprendia la atrocidad de un crimen horrendo.

—Bien, dijo despues de algunos momentos, este lance habia de llegar al fin.

—He estado pensando, señor, la manera de salvaros----- imposible, estais encomendado al oficial de la guardia y nada teneis que ver conmigo.

—No te comprometería jamas.

—Disponed de mí como gustéis, estoy pronto á sacrificarme por evitar esta escena de sangre.

—Déjame solo.

El carcelero salió llorando del calabozo.

Luego que el licenciado Verdad se encontró solo en su estancia, se arrodilló, enclavijó las manos y comenzó á orar con fervor.

En medio de aquel recogimiento religioso, un llanto abundante comenzó á deslizarse por sus megillas, como el desahogo postrero de su espíritu.

Levantóse despues con esa tranquilidad que lo acompañó hasta su último instante, y esperó la llegada de sus verdugos.

La luz comenzó á apagarse y las sombras á lanzar una oscuridad mas densa en el calabozo.

Las horas corrian y no se escuchaba en la prision sino los pasos de los centinelas.

La expectativa era espantosa.

Pasaron dos horas mas, y la *queda* se dejó oir como un toque de agonía.

Al cesar aquel fúnebre tañido, los cerrojos se corrieron y un grupo de enmascarados entró en la estancia.

El licenciado Verdad no se movió de su asiento.

—Señor, dijo la voz conmovida de un oidor, vais á morir; aquí está un sacerdote pronto á daros los auxilios espirituales.

—Tengo arregladas mis cuentas con Dios, disponed de mí.

—No os mostreis contumaz.

—Os he dicho que he hablado ya con mi Creador, me ha escuchado, y espero el perdon de mis culpas.

—Estais loco, caballero, ved que no podemos esperar mucho.

—Sea, dijo Verdad, y quedándose á solas con el padre, hizo una breve confesion.

El sacerdote estuvo conmovido, y apenas pudo dar consuelos al sentenciado.

—Pero qué clase de muerte me preparan, padre mio?

El sacerdote no respondió.

Abrióse la puerta, el padre salió pausadamente y los verdugos entraron en el aposento.

Colocaron pegado á la pared un aparato de madera, sentaron en un banquillo al licenciado Verdad y le pasaron la *mascada* de hierro por la garganta.

—Ahorcado, Dios mio! exclamó aquel hombre, y dos lágrimas de dolor corrieron por sus mejillas.

El verdugo dió vuelta al fatal tornillo y la extrangulacion se verificó instantáneamente.

Extremeciósese el reo con una convulsion prolongada de agonia y espiró.

Quitáronlo inmediatamente del banquillo y pusieron el cadáver sobre el lecho.

—Ha muerto repentinamente ese hombre, dijo un embozado al carcelero; no lo olvideis, ha muerto repentinamente.

El carcelero hizo una inclinacion de cabeza.

Luego que los verdugos desaparecieron, entró un hombre embozado en su capa, se acercó al biombo y contempló el cadáver á la apenada luz que yacia puesta en el suelo.

Sus ojos brotaron un raudal de lágrimas, abrazóse de aquel cuerpo exánime, lo besó en la frente, y comenzó á maldecir en

voz alta y entre sollozos á los verdugos, y pidió al cielo justicia.

El alcaide lo tomó por el brazo y lo hizo salir del calabozo.

Aquel hombre era nuestro viejo historiador D. Carlos María Bustamante, testigo presencial de las escenas de sangre y de muerte que forman el prólogo de nuestra independenciam.

### III.

En el calabozo inmediato se oian gritos de dolor.

El guardian de la prision entró á ver al reo.

El licenciado Azcárate se revolcaba en su lecho presa de una angustia espantosa.

—Qué teneis, señor?

—Nada, dejadme.

—Estais enfermo?

—Sí, voy á morir.

—Quereis que haga venir á un médico?

—No, es inútil; decidme de donde han traído la comida que me han dado esta noche?

El carcelero no respondió.

—No óis que os pregunto?

—Señor, de vuestra casa.

—Y nadie la ha tocado?

—Sí, el oficial de la guardia ha visto solamente si traia alguna correspondencia secreta.

—Está bien, todo lo comprendo.

—En nombre del cielo, decidme qué comprendeis?

—Que estoy envenenado por mano de mis enemigos.

—Envenenado!

—Sí, y el tósigo me deshace las entrañas.

El carcelero salió corriendo, dejando al licenciado Azcárate entregado á la lucha de su agonía.

A la media hora volvió con el doctor.

—Caballero, habeis venido inútilmente, mi mal no tiene remedio.

—Veremos, respondió el doctor, y comenzó á medicarlo con la certeza de tener un caso desesperado.

Azcárate era un hombre muy obeso, á lo que atribuyeron que el veneno no hubiese hecho el estrago que se aguardaba.

Merced á los esfuerzos de la ciencia pudo salvarse, sin que su gravedad sirviese para ampliarle la prision, ni sus sufrimientos conmovieran á sus enemigos que habian jurado perderle.

#### IV.

Trasladémonos al castillo de San Juan de Ulúa, donde yace en un estrecho calabozo fray Melchor de Talamantes víctima del contagio.

A la cabecera del lecho está llorando una mujer.

—Vuestra congoja es un tormento mas, decia el sacerdote viendo la pena de aquella dama.

—Os he jurado acompañaros hasta el último trance y aquí me teneis.

—Gracias, ya nos restan pocas horas, la fiebre me devora las entrañas.

—Quereis que os mueva?

—No es posible, estos *grillos* son tan pesados que no me dejan movimiento alguno.

—Infames! exclamó la dama; encadenar á un hombre en la hora de la muerte, se necesita tener entrañas de fiera!

—Callad, señora, esta es la humanidad.... llegará dia en que las cadenas se rompan.... porque Dios no permite que

los pueblos sufran eternamente.... yo muero, pero sé que la libertad pronto hallará asilo entre nosotros.... estos mismos crímenes son los anuncios de su llegada.... yo tengo fe en el porvenir.... veo que el pueblo tiende á sacudir el yugo que le sofoca.... y que logrará emanciparse de sus tiranos.... nosotros estamos predestinados al martirio.... lo sufrimos con resignacion.... estas cadenas se quebrantan en las piedras de nuestros tumbas.... pero las del pueblo se rompen en la frente de sus opresores.... Ya veis, ese atentado con el mejor de los hombres.... con Iturrigaray, no puede quedar impune.... esos mónstruos tarde ó temprano.... van á expiar sus crímenes.... Que diferencia.... entre ellos y.... nosotros.... ellos, morirán entre el fuego del remordimiento.... de la locura con su faz de sangre y de crimen.... nosotros tranquilos con la mirada vuelta á los que sufren.... y la esperanza en Dios!....

Dejóse caer en sus almohadas en el delirio de sus pensamientos para continuar despues, siempre preocupado con sus ideas:

—Licenciado Verdad!.... Azcárate!.... dónde estais que no respondeis?.... ya.... ya comprendo.... vuestro lábio ha enmudecido.... el mio tambien va á callar para siempre!....

—Sosegaos, padre mio, exclamaba la dama, os poneis mas enfermo con esa agitacion.

—Dejadme, me están llamando, no oís como piden la independencia? me necesitan, piden el auxilio de mi palabra, allá voy!.... allá voy!....

Quiso levantarse, pero los grillos eran demasiado pesados y volvió á derrumbarse rebotando su cabeza en la madera del lecho.

Estoy encadenado.... pero mi espíritu vuela libre en el cielo de la verdad y de la inteligencia.... ese no pueden encerrarlo.... no, es imposible.

El viento crugia en las rejas del calabozo y el mar azotaba con furia las paredes del castillo.

—Oid, es el pueblo que se alza, escuchad su aliento....  
muje como yo, encadenado!....

—Volved en vos, padre mio!

—Cómo?.... vos aquí, perdonad.... qué buscais entre las  
sombras?.... no teneis miedo?.... ved que hay una mano  
que alcanza á todos, que hiere como el rayo.... idos.... idos  
de aquí, infeliz criatura!....

Entró despues en un sopor de silencio y sus ojos comenzaron  
á perder el brillo de la fiebre, y sus megillas á ponerse lívidas  
y transparentes.

Ya no volvió á hablar sino momentos antes de morir, en que  
el nombre de Dios se le oia pronunciar por intervalos.

Serenóse su frente, sus ojos irradiaron con la última luz y  
entregó su alma en manos de su Criador.

Dos carceleros le pusieron al cadáver de fray Melchor de  
Talamantes la mortaja, y lo tendieron en el suelo del calabozo  
sin quitarle los grillos.

Parecia que la rabia humana desconfiaba aún de aquel cadá-  
ver, temiendo se levantase airado del silencio de la tumba.

Al oscurecer sacaron el cuerpo para sepultarle, y ya estando  
en el seno del sepulcro, le arrancaron las cadenas.

La tiranía tiene páginas horribles, pero siempre junto á ellas  
se levanta la figura magestuosa de los mártires de la libertad!

## V.

① Cerró la noche, el viento se habia aplacado y solo se escu-  
chaba el perenne ruido de las olas al estrellarse contra los ar-  
recifes.

Oyéronse dos toques en la campana del castillo de Ulúa,  
anunciando que una barca salia de la fortaleza.

Los marineros comenzaron á bogar, cuando la persona que  
iba en la lancha, tocó el hombro á uno de ellos.

—Se ofrece algo, señora?

—Me conoces?

—Dios mio, ella!.... la señora!.... la madre Paulina!

—Silencio!

—Pero si....

—Estás libre?

—No, estoy sentenciado por veinte años á la marina.

—Quién es el encargado de tu custodia?

—El gefe de esta barca.

—Háblale.

—Mi gefe, esta dama le quiere decir algo.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Necesito que ese mozo me acompañe.

—No es posible, lo tengo muy reencargado.

—Ya lleva muchos años de presidio.

—Sí, vos no le conoceis, es Lino el Mulato, uno de los ban-  
didos mas atroces.

—No importa, yo voy á hacer vuestra fortuna en cambio  
de la libertad de este hombre.

—No deja de ser una gran tentacion.

—Pensadlo, vivís en el castillo como un esclavo, esta vida  
del mar es inquieta y desastrosa.

—Lo conozco, pero no soy hombre á quien gusta andar á  
salto de mata, ocultándose de todo el mundo.

—De dónde sois, caballero?

—De la América del Sur.

—Hoy se da á la vela un buque, tomad pasaje y es negocio  
arreglado.

—Me poneis unos planes que....

—Resolveos, y decidme cuanto necesitais.

—Con diez mil pesos estoy conforme.

- Ved que ese hombre no los vale.  
 —Sí, pero la accion de poner á un reo en libertad, es algo.  
 —Bien, cobrad en la plaza esta libranza por medio del capitán del buque y partid.  
 —Convenido.  
 La lancha siguió hasta tocar la orilla, dejando en tierra á Lino el Mulato y á la gitana.

## CAPITULO VII.

## DENUNCIA.

## I.

El señor rector del colegio de San Nicolas, cura de Dolores, habia salido de su feligresía en direccion á Querétaro, y pasaba á la sazón por la Villa de San Felipe.

Los repiques á vuelo y los cohetes anunciaban que el antiguo párroco de la Villa entraba en la poblacion, y pernoctaba allí donde sus buenos amigos y feligreses le preparaban alojamiento.

Todos los muchachuelos de la Villa, los campesinos que tornaban de sus labores, y las mujeres, salian á su encuentro á besarle la mano.

El cura cargaba á los niños, decia palabras de cariño á las madres, y gastaba bromas con los aldeanos.

—Señor cura, decia una aldeana, ya el ahijado de su merced sabe rezar el *Padre Nuestro*.

—Bien, hija mia; ahora es necesario que aprenda á leer. Y qué hace tu marido? en qué se ocupa?

—En la labranza.